

Dios está siempre con nosotros

Isaías 40: 27-31

Traigo un cariñoso saludo en nombre del señor para todos los hermanos en Cristo y para todos los amigos de la iglesia. Constituye un inmenso placer poder compartir con Uds. algunos pensamientos relacionados con el evangelio que Dios nos ha proporcionado.

El mensaje de esta ocasión, más que una novedad, más que una elegancia de la más pulida retórica, es un recuerdo, es una afirmación y una confirmación de fe. El hombre vive envuelto en tantas dudas, que hay que recordarle, que hay una certeza que mantiene alerta al espíritu y pacificado el cuerpo. En un mundo de tanta asfixia, debida a la complejidad de casi todo lo que nos rodea, hay una garantía de firmeza, de seguridad, de que uno no está solo, sino cimentado en la roca incommovible de los siglos.

La Sagrada Biblia, que es la cantera y el libro por medio del cual dialogamos con Dios, dice en Isaías 40:30-31: Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán. A base de mi experiencia cristiana e iluminado por Las Escrituras les voy a presentar un sencillo sermón que lleva por título, Dios está siempre con nosotros.

El capítulo cuarenta del libro al cual nos referimos es la obra de un poeta y de un profeta. El pueblo judío estaba en cautiverio y sufría los dolores y las amarguras que sufre el que ha perdido la libertad, sus propiedades, sus anhelos y sus esperanzas. La gravedad del problema se acentúa por el hecho de que estas personas sabían que tensiones como estas producen en el individuo agonías tremendas, y noches interminables. Pero hay una

dimensión mucho más difícil en todas las situaciones dolorosas. ¿Cómo era posible que un pueblo escogido por Dios, guiado por Dios quien los defendería en cualquier situación, ahora permitiera que padeciese tantos males?

Las condiciones de vida que atravesamos los creyentes aun en el día de hoy no difieren mucho de las condiciones de aquellos que nos antecedieron. La época presente tiene su cautiverio y sufre las amarguras porque creyéndose ser libre se ha esclavizado, y creyendo adivinar un futuro halagüeño, lo que vive es la noche de la inseguridad, del terror. Y todos conocemos las destructoras tensiones del diario quehacer y del diario vivir. Después de veinte siglos de cristianismo, la gente se pregunta; ¿por qué el Dios del cual nos han hablado nuestros padres, no viene a socorrernos? Para algunos, lo que ha sucedido es que Dios ha muerto; para otros es que Dios jamás ha existido; y para otros, a Dios hay que buscarle un substituto.

A pesar de todas esas apreciaciones, queda un remanente de los que creemos y sostenemos que Dios está siempre con nosotros. Pero esta manera de ver las cosas no es mero capricho del creyente. De suerte que es necesario ofrecer algunas reflexiones sobre el particular.

Aunque no lo expresa directamente, el profeta Isaías da la clave al problema. El hombre, por ser el remate de la creación, y ser semejante a Dios, posee poderes insospechados. De ahí que no piensan, que, correlativamente, esos poderes tienen su límite, de lo cual resulta ese orgullo de creerse omnipotentes. El hombre cree, cuando está fuerte, que no se fatigará jamás. El hombre cree, cuando está joven, que no flaqueará jamás. En otras palabras, hay personas que se han creído autosuficientes, arrogantes, la medida de todas las cosas.

Las condiciones de vida hoy han hecho más tajante, más aguda, esa situación. ¡Qué asombrosa es la tecnología, y cuántos misterios le estamos arrancando a lo que nos rodea! La vida es más larga,

se pone el pié en otros cuerpos siderales, se van a fabricar ciudades en el fondo del mar, etc.. Estas cosas en sí no son malas, pues la libertad que ha producido el cristianismo ha sido un factor en nuestro avance tecnológico. Lo que ha sucedido es que el hombre ha ido desplazando, con su arrogancia, a Dios, por esas conquistas que tanto bien nos ha hecho. Y a eso se debe que en muchos lugares se viva una tecnolatría.

De una cosa podemos estar seguros. Yo la tecnología sin Dios está produciendo sus resultados. Voy a citar de un artículo lo siguiente.

Según se amplía el radio de nuestro conocimiento y de nuestra técnica, se amplía también la circunferencia de las consecuencias desconocidas de cada una de nuestras acciones en el mundo que nos rodea. Así, por ejemplo, se descubre un nuevo producto químico capaz de matar insectos con una eficiencia sorprendente, y algunos años después encontramos rastros de ese producto

en todos los seres vivientes, inclusive los pingüinos de Antártica, a miles de kilómetros del lugar más cercano en que jamás se ha empleado el D.D.T. Así se descubre una droga de enorme valor, sólo para encontrar meses después que comienzan a nacer niños deformes. No es... fantasía que la humanidad se destruya... no por una guerra nuclear... sino por el ímpetu filantrópico de experimentos y supuestas mejoras que destruyan el equilibrio ecológico de nuestro planeta.

No es un secreto, que alguna vez en la vida, a veces muy tarde para algunos, y a veces bien a tiempo ^{temprano} para otros, la persona descubre su impotencia y la fuga de lo que ella creía jamás escapable. El que no se fatigaba, se fatiga, flaquea. El que no sabía lo que era desesperación, se desespera. El que corría, a penas puede caminar. El que podía comer de todo, ahora tiene que conformarse con lo que se le prescribe.

Obviamente, todo ser humano plantea el problema de la vida partiendo desde

perspectivas diferentes. Por eso las soluciones varían.

Yo he dividido, a los que se llaman cristianos, en tres categorías, a base de la clase de Dios que ellos siguen.

Primeramente, algunos cristianos no poseen más que el Dios de los tiempos buenos, o de las vacas gordas. Son ellos los que hablan muchísimo de las bendiciones que Dios les ha concedido: un buen empleo, una casa cómoda, salud en la familia, prestigio social, la dispensa o la nevera siempre llena, etc. ¡Qué bueno es el Señor, pues a nosotros nada nos falta! Pero, cuando el día de sus vidas se torna gris, y cuando las tormentas de la vida arrecian furiosamente, la tendencia es usar al mismo Dios para echarle la culpa. Mire, pastor, decía una señora, tan cristianos que somos nosotros y mi marido ha enfermado malamente. ¿Por que Dios lo ha permitido? No vale la pena creer.

En segundo lugar, algunos cristianos no poseen más que el Dios de los

tiempos malos. Son ellos los que jamás se acordaron de Dios en los tiempos buenos, pero ahora le buscan cuando son azotados por problemas y dificultades. De éstos están llenas ^{Humanidad} las iglesias. Jamás se acordaron del Dios que da la vida en tiempos de bonanza, pero en la hora de crisis claman a voz viva.

En tercer lugar hay cristianos que están conscientes y que viven la experiencia del Dios amoroso, que está con ellos en todo tiempo, tanto en el día soleado del vivir, como en la noche oscura. Es el Dios que les dirige cuando hay salud y alegría y es el Dios que les dirige en la enfermedad y en la tristeza. (Ejemplos - Pág. en máquina)

La fe cristiana descansa en el hecho incuestionable, en la verdad profunda que el Dios del día, lo es también el Dios de la noche. Lo que muchos no comprenden ^{es} como puede el cristiano ver y palpar a Dios en las horas agónicas. Vamos, pues, a tratar de dar una orientación sobre el particular.

Somos afortunados que somos hijos del Dios,
que no desfallece, no se fatiga con cansancio,
y su entendimiento no hay quien lo alcance.
Y así, el da esfuerzo al cansado, y multiplica
las fuerzas del que no tiene ningunas.

En otras palabras, el cristiano no está solo
y tiene como fuente de su sostén a Dios

Hay miles y miles de ejemplos de cristianos
que hicieron de las horas más amargas
de sus vidas, la victoria más signifi-
cativa de sus seres. ¿Cuál era el secreto?

Iban de la mano del que no se fatiga y
multiplica las fuerzas aun del desvalido.

Además, nosotros casi nada sabemos de
todas las posibles dimensiones de la existencia,
pero tenemos la promesa del que no desfallece
ni se fatiga, nuestro Dios, que en él tendremos
significado y que en la esfera de las últimas
cosas, tanto los tiempos buenos como los
tiempos malos no son más que efímeros
factores en aquellas condiciones de tanta
profundidad que tendremos en Jesucristo.

Dios está siempre ~~que~~ con nosotros,
aunque no entendamos por ahora
muchas de sus acciones, ya que su enten-
dimiento no hay quien lo alcance. Y eso
produce aquella esperanza de que con él
reinarémos y viviremos.

No quiero, hermanos, dejar entre Uds. la idea que la vida breve, temporal, la de aquí no hay que tomarla en serio, ni usar los recursos que están a nuestras manos para gozar lo perfectamente gozable de la existencia, y evitar los males físicos cuando éstos lleguen. Mi mensaje, o mejor dicho, el mensaje de Dios, no es para que Uds. los creyentes, vivan en un cristianismo de ilusiones. Mi mayor gozo consiste en que la Iglesia sepa que la vida cristiana sólo se puede entender, cuando uno, tanto en su mente clarificada por el evangelio, como en su corazón, encendido por el Espíritu Santo, sabe que Dios está siempre con él, tanto en las horas oscuras como en las horas más brillantes.